



M. T. Podestá

# Inconsciente

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

## Inconsciente

Era la primera tentativa. Había pasado hasta entonces de incógnito, entre las miserias y los vaivenes del ocio, sin sentir rubor; se había sustraído por su voluntad a las miradas fiscalizadoras de las gentes; no tenía a quién rendir cuenta de su manera de ser, sino a sí mismo. Se había abandonado en cuerpo y alma a las exigencias caprichosas de su organización enfermiza y pervertida, y cuando los ultrajes de la suerte levantaron en su espíritu algo como un reproche, no tenía más que golpearse la armazón del pecho para cantar el *mea culpa*.

Le había asaltado ahora la veleidad de la vida pública, el deseo de figurar, el entusiasmo de ingresar en las filas de los hombres que tenían influencia y que fácilmente habrían podido traerlo a la superficie; pero en el primer asalto dado a la fortuna, se quebraron estrepitosamente sus armas, cayó vencido, y, lo que es peor, magullado, con la cabeza rota y la rechifla y las amenazas de las turbas.

Había tomado las cosas a lo serio, se había sentido inflamado como una mecha de estopa con el ardor patriótico, en medio de los discursos abigarrados del Comité, y había creído, como los niños que miran con la boca abierta las pantomimas, que todo aquello era de verdad.

Esa fantasía tenía para él un atractivo irresistible, se sentía arrastrado a lo heroico, y hubiera pagado con un año de su vida, a falta de otra cosa, por tener ocasión de poner a prueba su decisión y su valor.

Cuando se vio arrebatado por los grupos y se encontró en la calle, dueño de una bandera que hacía flamear a los cuatro vientos, marchando al compás de la música retumbante, aturdido por los gritos, por la algazara, por los vivas, por el estallido de los cohetes y las bombas; empujado, pisoteado, arrebatado fraternalmente por los que corrían, como enloquecidos, a transmitir las órdenes recibidas de los cabecillas de la manifestación; cuando oyó de nuevo los discursos, a la puerta de la casa del candidato y vio a la gente frenética, entusiasta, y oyó gritar hasta el delirio y aplaudir con estrépito, y vio a los grupos apiñados, confundidos democráticamente, y treparse a las rejas de las ventanas, se sintió de nuevo entusiasmado, enardecido; una voz misteriosa le gritó desde su interior, con imperio irresistible: habla, habla, y él, rompiendo el incógnito, y cediendo como un autómatas a esta fuerza poderosa, empezó a pronunciar un discurso que debía levantar la piel de pollo en los oyentes.

Tomó la palabra encaramado sobre un montón de escombros que había en la calle, erguido, tieso, levantándose sobre la punta de los pies, extendiendo sus largos brazos de crucificado, con su sombrero abollado en una mano y el estandarte desplegado en la otra; su melena enmarañada, volando al viento como un penacho; sus ojos centelleantes, sus labios trémulos, por las ráfagas de ira, de coraje, de entusiasmo, de ardor patriótico, que le subían como calofríos por el espinazo parecía la efigie de la desolación, pregonando las ruinas de la patria sobre un pedestal de escombros que el acaso había puesto bajo sus pies.

Brotaban sus palabras como blasfemias en el atropello de reproches que lanzaba sobre los malos ciudadanos.

Habló de conspiraciones, de delitos políticos, de regeneración social; se sublevaron en su cerebro desmantelados instintos neronianos; quería prender fuego, destruirlo todo, acabar con el género humano, a fin de hacer brillar la libertad que no podía vivir entre los hombres.

Cuando les llegó el turno a los candidatos, los fue exhibiendo de a uno como leprosos; los colmó de injurias y de epítetos.

Eran una serie de monstruos, de ambiciosos sin antecedentes y sin prestigio, a quienes la patria nada debía, y por la cual nada habían hecho; así, por grados, iba subiendo el tono de su arenga, interrumpida por los vivas de los que, estando a la distancia, no oían sino el eco de: *patria, enemigos, exterminio, triunfo de la libertad*, y veían siniestra y arrogante la figura convulsa del energúmeno orador... Aplausos y vivas que no atinaban a comprender los que, estando cerca, habían seguido todas las variantes de su discurso, que caía como una bomba de dinamita en medio del entusiasmo de las turbas, que habían ya lanzado sus mueras y empezaban a mostrarle con irritación creciente sus puños temblorosos.

El seguía impávido, y cada vez más fogoso, sin medir el alcance de sus palabras y el peligro que le rodeaba. Si sus frases, sus injurias, sus epítetos, hubiesen sido lanzados al rostro enemigo, esa noche se conquista una ovación entusiasta; pero era a ellos, a sus amigos, sus cabezas parlantes, a los que representaban las deidades veneradas del cenáculo. Luego, las turbas mismas recibieron su merecido, en medio del estrépito, de la música, de la gritería, de los silbidos; al llegar aquí, estalló la ira comprimida.

Los mueras, las amenazas, los silbidos, los terrones de escombros, hendieron el aire, y cien manos frenéticas, rabiosas y arqueadas como ganchos, lo atraparon por todos los costados, le desgarraron las ropas, le arrancaron el sombrero, le sacaron los mechones de pelo más al alcance de estas garras, y, derrumbándolo, lo habrían indudablemente sepultado en los escombros, si la presencia salvadora de su amigo no hubiese intervenido milagrosamente en ese instante álgido del furor popular. El pobre hombre estaba desconocido, con las ropas desprendidas y rotas en jirones flotantes; de su levita no le quedaba más que un faldón huérfano que podría cubrir a medias el dorso afrentoso de sus pantalones; una manga había dejado el forro, como si pillada in fraganti, hubiese abandonado el resto de la ropa para huir del peligro.

Su fisonomía pintaba el estupor, el delirio, la sorpresa, el aturdimiento, la inconsciencia del daño que había causado; no se daba cuenta de por qué lo estropeaban con tanta saña; oía las amenazas que le dirigían como un idiota a quien se le imputa un delito; recibía los golpes de puño sin sentir el dolor; le parecía que esos hombres enfurecidos, iracundos, que blasfemaban y tentaban ultimarlos, mirándole con ojos inyectados de furor, eran locos, irresponsables, y un nuevo vértigo vino a unirse al primero, al que ya había tenido sin saberlo, y le pareció que toda aquella gente hacía en torno de él una danza infernal, aturdiéndolo con sus gritos, con sus improperios, con el ruido de sus músicas y con la gritería de otro orador que en ese momento hablaba del candidato como de un Dios. Entonces le vino a la memoria el Comité, los discursos, su entusiasmo, su bandera, el delirio con que había salido a la calle y la cara plácida de su amigo, que lo contemplaba con lástima y que con su prestigiosa voz de mando, impedía que sus enemigos le hicieran nuevos daños; y allí, sobre el lecho de escombros, con la cabeza ensangrentada, roto, desgarrado, con la cara cubierta de lodo, las manos crispadas, comprimiendo los jirones de su bandera, sintió que le faltaban las fuerzas, que le zumbaban los oídos, que se le nublaba

la vista, que perdía poco a poco la conciencia de su ser; hizo un esfuerzo para incorporarse, y aún no había levantado sus hombros del suelo, cuando dio un grito penetrante, cayó de nuevo, y empezó a revolcarse en el fango en un horrible ataque de epilepsia. Sus perseguidores retrocedieron espantados; aquel hombre, con el rostro desfigurado por la contracción convulsiva de sus miembros, con la boca torcida y cubierta de espuma sanguinolenta, con las ropas desgarradas, cubiertas de manchas de lodo y de sangre, era un espectáculo imponente; no se atrevieron ni a impedir que se despedazase contra el empedrado y contra el montón de escombros que le servía de lecho. Su fiel sombrero de copa estaba allí, en el suelo, a su lado, como un ente piadoso que contemplase su desventura.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**